



F. DIEGO GONZALEZ.

ARTICULO I.



Si la mas profunda humildad y una modestia sin limites, unida á grandes talentos, y una bondad de corazon afectuosa, hermanada con la rígida práctica de las virtudes ascéticas, hacen un hombre amable á los ojos de sus semejantes, ninguno puede con mas razon reclamar su afecto, que el venerable nombre que en cabeza este artículo. Y si el hombre que entusiasta por la literatura, y empapado en los preceptos del buen gusto, tiende su mano al talento que se extravía, lo encamina al buen sendero, y logra con sus afanes producir un genio que saque del abatimiento la literatura de su pais, y haga, causando una feliz revolucion en ella, que campee su crédito al lado de la de otros pueblos adelantados; si este hombre es digno de que su nombre brille al lado del gran talento que salvó del naufragio, y su gloria vaya unida á la gloria de la patria á cuyo esplendor contribuyó tan útilmente, digno es tambien de tanto premio el P. Gonzalez, que ayudó con su trato y cariñosas advertencias, á darnos al restaurador de nuestra literatura clásica á fines del siglo pasado, el dulce Melendez. Pues si bien

AÑO X—7 DE DICIEMBRE DE 1845.

la primera gloria de la formacion de este poeta se debe á Cadahalso, no deja de tener la literatura grandes obligaciones para con el P. Gonzalez, tanto porque desde un principio se asoció y cooperó á la empresa de Cadahalso, cuanto porque habiendo muerto este bien prematuramente en defensa de la patria, él continuó su obra, y sobreviviéndole bastantes años, pudo tratar por mas tiempo á Melendez, imbuirlo en los buenos principios que su primer maestro le habia hecho amar, dirigirlo, en fin, y animarlo con sus ejemplos. Rindámosle, pues, el tributo que puede rendir la gratitud á los hombres de otras edades, haciendo que viva en la memoria de la posteridad el recuerdo de sus virtudes, de sus obras, y de los beneficios que hizo á la ilustracion.

Nació el P. Gonzalez en Ciudad Rodrigo, de padres que gozaban en aquella ciudad mas que una regular subsistencia. Desde muy luego pusieron todo su conato en la mejor educacion de su hijo, quien no tardó en manifestar, unida á un talento despejado, una esquisita sensibilidad, desarrollándose en él al mismo tiempo las cualidades del entendimiento y los afectos del corazon. Así es que desde muy niño comenzó á no ser indiferente á los encantos de la belleza, y concibió una pasion que con tanta sinceridad como calor describe en su *historia de Delio á Jovino*. El fuego del amor le

inspiró la afición á la poesía, y cantó su fuego en versos, que según palabras de nuestro modesto héroe, más se debieron al ardor que le agitaba, que al número ni inflamación de Apolo. Pero al poco tiempo, ya sea efecto de los estragos que estos amores, al parecer desgraciados, hicieron en aquel corazón ardiente y en demasía sensible, ó bien que en alguno de los accesos de melancolía que de cuando en cuando le atacaban, se le representase este mundo con un aspecto desapacible y repugnante, concibió seriamente el proyecto de retirarse al claustro, género de vida quizá no el más á propósito para aquella alma que necesitaba mayor de sabogo y ensañela. El mismo parece que antes de tomar tan estraña resolución, era poco afecto á la vida monástica, pues existe inédita alguna poesía de su pluma, en que manifiesta en estilo burlesco los pocos afielentes que para él tenía.

Decidido ya á retirarse del mundo, prefirió á las otras órdenes religiosas, la de S. Agustín, y, tomado el hábito, los superiores conociendo sus buenas disposiciones, lo dedicaron á los estudios. A pesar de que se oponía á su carácter sencillo y dulce el feroz ergotismo de la escuela, y repugnaban á su talento nutrido en las máximas del buen gusto, y acostumbrado al alhago de amena literatura, las argucias, la sequedad, la falta de atractivo del método llamado Aristotelico con que entonces se perdía lastimosamente el tiempo en las aulas, no por eso dejó de salir uno de los más aventajados discípulos, y desde entonces su religion fijó en él los ojos con la esperanza de que algun tiempo sería una de sus más brillantes lumbreras. Acompañábale el respeto universal, porque á su saber y talentos unia unas costumbres irrepreensibles, así es que no tardaron mucho tiempo en honrarle con los principales destinos de la orden. Mas en medio de los mandos y prelacias suspiraba por el reposo de su celda, resistiéndose á su modestia la obligación de ser el juez de sus compañeros, teniendo que reprender sus excesos y contener sus descaídos, por lo cual evitó cuanto pudo el obtener ninguno de los cargos con que se empeñaban en rendir homenaje á su virtud, no admitiéndolos sino cuando era imposible evitarlo.

Si penetramos á su vida privada, veremos su corazón luchando entre sus vehementes afectos, y los rígidos deberes que se habia impuesto. Así nos lo indican las pocas poesías que le sobrevivieron, así nos lo manifiestan las cortas y sentidas líneas que al frente de su edición consagró la amistad á su memoria. En medio de la gravedad y silencio que tenían fijada su mansion en el ámbito de los conventos, aquella alma tierna y ardiente necesitaba dar un desahogo al fuego que la abrasaba, y apelando para ello al auxilio de las Musas, cantaba en dulces versos la belleza de Mirta, de Melisa, y de otros seres unos reales y verdaderos, otros ficticios, pero que unos y otros se representaban á su fantasía en medio de la soledad y tristeza de su celda, como

puros ángeles de consuelo, revestidos de toda la belleza ideal y encantadora con que una alma virgen se representa la muger, y adornados del manto áereo y radiante de gloria que en su arrobó se representa envuelta el objeto de sus poéticos amores. Mas luego el pobre religioso, mirando sus gemidos como los delirios de una imaginación estraviada, se arrepentía de sus cantos, y avergonzado de su debilidad entregaba al fuego el papel que contenia los suspiros de su corazón, con harta pérdida de la literatura. Si hemos de juzgar por las pocas composiciones que salvadas por manos de sus amigos, de la furia de sus tímidos escrúpulos, vieron la luz pública despues de su muerte, de suponer es, que las llamas devorarían las más ardientes aspiraciones de aquella alma abrasada y enardecida por el aislamiento, y que solo llegarían á poder de sus amigos, aquellas composiciones en que su fuego está retratado con más libeiza, y que consideradas como meros juguets, ni ruborizaban la frente de su autor por el entusiasmo con que estaban escritas, que él suponía indigno de su estado, ni las creería sujetas á la mordacidad de adustos críticos. No hay que buscar por consiguiente en los versos que del P. Gonzalez poseemos, los arrebatos de una pasión fogosa; no hay que buscar los nuevos giros de una poesía rica en imágenes ni en dición, no hay que pretender los pensamientos nuevos y profundos de un poeta superior. El P. Gonzalez nunca aspiró á este título; su modestia excesiva y el desaliento que á veces se apoderaba de aquel pecho cándido, quizá la rigidez de la profesion que habia abrazado, se oponían á que se dedicase con intención á un arte que le encantaba. Escribía por aliviar sus melancolías, desfogar su alma, así es, que ni á las composiciones que perecieron, ni á las que se conservan, les dió la última lima. Estudiaba porque encontraba placer en ello, á nuestros buenos poetas del siglo XVI, y sobre todo á Fr. Luis de Leon, cuya lectura le electrizaba; contentóse con imitarle, y logró hacerlo con tal perfección, que habiéndose empeñado en la tarea de concluir la traducción en verso de los libros de Job, que Fr. Luis dejó solamente empezada, lo hizo con tal acierto, que es difícil distinguir, cuales son los trozos del antiguo poeta, y cuáles los dos del moderno. De suerte que el P. Gonzalez en el siglo XVIII llegó á ser un poeta del XVI, con más enterección en el estilo, y más regularidad en la versificación. Mas algunas composiciones nos quedan que muestran hasta donde podía haber llegado su talento si hubiera trabajado por adornar su frente con la gloriosa aureola de los vates. La larga égloga que está al frente de sus poesías, escrita al nacimiento de los infantes gemelos, es la mejor del sin número de composiciones que se hicieron á este asunto, y de las superiores que en el siglo pasado se escribieron. Dónde se encontrará en los poetas de aquel tiempo un aire de melancolía tan suave, tanta armonía en los versos, tanta pureza en el estilo puro? La célebre envectiva contra el

marciélagos alevosos, iudica hasta qué punto habia llegado á poseer y dominar nuestra lengua; prescindíndonos de otras bellezas, nunca se acaba de admirar aquel torrente de elocucion con que á pesar de sujetarse á las trabas que imponen el metro y el consonante, emplea tanta diversidad de verbos para manifestar una idea en la estrofa que por su singularidad trascribimos aquí.

Te puncen y te sajen,
te tundan, te golpeen, te marfilan,
te piquen, te acribillen,
te dividan, te corten, y te rajen,
te desmiembren, te partan, te deguellen,
te hiendan, te desuelen,
te estrujen, te aporreen, te magullen,
te deshagan, confundan y aturullen.

Aquella alma tan filosófica, tan estudiosa, moderada hasta el extremo en sus deseos, no necesitaba mas que una cosa para ser feliz, un amigo que simpatizando con ella en ideas, pudiese ser el depositario de los sentimientos íntimos de su corazón: y lo halló en un Religioso ilustrado, tambien afecto á la poesia, llamado el P. Fernandez, y por nombre poético Liseno, residente en el mismo Convento de Agustinos de Salamanca; pronto se amaron tiernamente, y el P. Fernandez, dotado de un genio jovial, sirvió no poco para templar las tristezas, y moderar la natural taciturnidad de su amigo. La providencia debia depararles otro compañero bien de su gusto. El coronel D. José Cadahalso, hombre tambien dotado de un carácter dulce y social, escritor ameno, en cuyas obras se ven brillar estas bellas cualidades de su corazón, vino á residir á Salamanca, y la conformidad de caracteres, y la igualdad de gustos, hicieron que se buscasen y se estrechase entre ellos una amistad tan rica en resultados para las letras españolas. Reuníanse á menudo en el cuarto del P. Gonzalez, á lamentar el mal gusto que en ellas reinaba, y de los medios que podrian hallarse para estirparlo, y así preparaban aquel feliz tiempo en que Salamanca tan célebre por sus estudios universitarios, se haria todavía mas por haberse convertido en encantado asilo de las Musas, y en que los valles de Otea y Zurguen oían por su campiñas mil cantos armoniosos, que teniendo por objeto muchas veces celebrar su amabilidad y belleza, debian hacerlos mas famosos que el celebrado Tempe de los antiguos, y el valle que riega el Sorga, eternizado por los versos y amores del Petrarca.

Estudiaba entonces en la universidad un niño con grandes disposiciones para la carrera de las musas, pero que dominado por la corrupcion de la época, en lugar de beber sus inspiraciones en las claras fuentes de nuestros buenos autores, la buscaba en los inmundos charcos de Cándamo, Gerardo Lobo y otros, cuyo estilo, aun no habia podido desarraigarse, á pesar de los severos preceptos de Luzán y los ejemplos de algunos buenos ingenios; este niño era Melendez. Cadahalso que llegó á cono-

cerle penetró sus talentos, y anhelandó que no se malograsen, lo recibió en su casa como á un hijo, lo presentó al P. Gonzalez, quien en vez de ofrecerse á los ojos del niño con las fuluras de su reverenda autoridad, y el desden que dan hácia la juventud los mas años y el mayor saber, lo abrazó, no como á un discípulo, sino como á un amigo tierno y cariñoso. Esta conducta de ambos, conquistó completamente el ánimo del joven poeta. Desde entonces vivieron en la mas estrecha amistad, auxiliándose mutuamente, ya con consejos, ya con elogios. En vez de dar entrada en sus corazones á la envidia, era tal el ardor de su mútuo cariño, que parece que no les habia concedido el cielo el número sino para celebrarse los unos á los otros; no con los elogios pomposos que á veces dicta el interés á los literatos, esperando por este servicio ser retribuidos por el agraciado en la misma moneda, sino con expresiones tiernas, que se vé claro salian de lo íntimo del alma. Si Cadahalso, este poeta dulce, que para todos encontraba encomios, habla de Melendez, es para decirse que renovarse en él el espíritu de Garcilaso, que los poetas antiguos oían asombrados en el Eliseo los nuevos cantos de Batilo, y preguntarán atónitos, quién es el que pudo sacar tan nuevos y tan armoniosos sonos de la lira; que entonces él, componiendo ya parte de su reunion en el reino de las sombras, dirá con satisfaccion y complacencia: «Yo fui su amigo (1).»

No es menos afectuoso Melendez, siempre que trata de Cadahalso, si bien el trata con el respeto de maestro. En fin, el P. Gonzalez en las pocas obras que nos dejó, con frecuencia recuerda tiernamente á sus amigos, ni Melendez deja de cele-

(1) Dignas son de ponerse aquí las estrofas en que expresa estas ideas, por la amable ternura con que están escritas; y aunque el trozo es algo largo, no desagradará á nuestros lectores, dice así.

Oíre cuando Catulo
á la sombra de un mirto recostado,
con Propercio y Tibulo,
lea maravillado
los versos que la Musa te ha dictado.
Cuándo acudan ansiosos
Laso y Villegas al sonoro acento,
repetiendo envidiosos
qué celestial portento
á quién ha dado Apolo tanto aliento.
Y yo, siendo testigo
de tu fortuna, que tendré por mia,
diré, yo fui su amigo!

.....
Haránme mil preguntas
puesto en medio de todos, de quien eres, etc.

.....
Y con igual ternura
que el padre cuenta de su hijo amado
las gracias y hermosuras,
y se siente arrovado
cuando le escuchan todos con agrado;
Responderé cantando
tu nombre, patria, genio y poesia
y asombraránse cuando
les diga la Elegia
á la memoria de la Filis mia.

brarle en cuantas ocasiones se le presentan. Aun se conserva inédita una composicion de este poeta, dirigida á encomiar con entusiasmo un sermón al Santísimo Sacramento, predicado por el P. Gonzalez con tal unción y elocuencia, que si hemos de creer los testimonios de la época, arrebató á todos sus oyentes. Al final de estos artículos insertaremos dicha composicion.

Estado era este de una felicidad envidiable para que pudiera ser duradero, sin que viniese alguna calamidad á destruirlo. El gobierno español trató de reconquistar á Gibraltar tan villanamente usurpado á nuestro territorio, y el Coronel D. Jose Cadahalso acudió á la expedicion, separándose de sus amigos de Salamanca: esta separacion debia ser eterna. Peleando valerosamente en uno de los puestos que se habian encomendado á su valor, arrebató el plomo mortifero su preciosa vida. Pocas muertes habrán sido mas universalmente sentidas, pues tanto como por sus talentos literarios, se hacia amar por sus bellas cualidades sociales. Los poetas consagraron cantos fúnebres á su memoria: entre las poesias del P. Gonzalez hay una Oda de no vulgar mérito llorando su pérdida, aunque sea dicho en obsequio de la verdad, ofrece diferencias tan notables de estilo con respecto á las otras composiciones, que no nos atreveremos á asegurar que sea de su pluma: Melendez la llora en una tierna cancion elegiaca, que dice el Sr. Quinlana, vivirá eternamente, ya como un monumento de amor y gratitud, ya como un ejemplar de bella y alta poesia.

E. F. DE N.



POESIA

Composicion de MELENDEZ, siendo aun muy joven, en elogio de un sermón predicado por Fr. Diego Gonzalez á este asunto, sacado de la coleccion de M. S. del Excmo. Sr. D. Martin Fernandez Navarrete, y que citamos en esta biografia.

Cancion á Delio por su devotísimo sermón del Sacramento.

Tal mas rico que el oro
del labio de Crisóstomo salia
el celestial tesoro
de la sabideria,
y de su dulce labio miel vertia.

Cuando á su grey dichosa
el pan de la palabra esparramaba,
y de la peligrosa
yerba la separaba,
y á los pastos de gloria la gulaba:

Cual tu hablar peregrino,
Delio, con fervoroso y santo intento

nos llevó hasta el divino
amor que el Sacramento
humilla hasta no visto abatimiento.

El velo descubriste
que nuestra flaca vista detenía,
y á los ojos pusiste
lo que la fé sentia,
mas el dañado corazon no via

Y, ora, tu fervorosa
voz nuestro tibio pecho lastimára
ora mas animosa
su flaqueza alentára,
y en pos de sí á la gloria nos llevaría.

Siempre la atenta oreja
con el sabroso estilo suspendida,
ni al desden, ni á la queja
dió lugar, embebida
en tu alto razonar del pan de vida,

Ah! si nos fuera dado
entonces ver tu corazon sensible
en su amor abrasado
desdeñar lo visible,
volando hasta su trono inaccesible!

Y en él gemir postrado
la ceguedad del mundo y sus errores!
¡Como, aun mal de su grado,
con tan santos amores
brotára nuestro pecho en mil ardores!

El tibio confundido
tocado de la llama se alentára,
volviera el descreído,
y al mundo abandonára
quien por él vuelve hasta á su Dios la cara.

Pues no de otra manera
que la viva centella, que cayendo
cuanto halla de carrera
deshace y va rompiendo,
tu voz fue nuestros pechos encendiendo.

Oh! de continuo suene
tu acento en mis oídos, Dello amado,
que á par que me enagene
rompa el yugo pesado
do aun gime este mi pecho mal su grado!

Taparé á las livianas
palabras de los hombres el oído,
y á sus promesas vanas
por poder desprendido
seguir tus huellas de tu ardor movido.



MADRID: 1845.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.